

TOM FARRELL

ESCRITO EN UN LIBRO

ADVERTENCIA

Ni Editorial Séneca, ni su personal ni sus editores se hacen responsables del contenido de este libro.

El autor ha preferido guardar su anonimato.

Este libro es una novela...

PRIMERA PARTE

*“En España, la manera más segura de guardar un
secreto es escribirlo en un libro”*
Manuel Azaña

Todo empezó una tarde tediosa de Febrero de 1977. En el cuartel de El Goloso, el cabo Antonio Torralba se aburría y dejaba pasar el tiempo. Se había presentado voluntario al servicio militar y al terminar, se había reenganchado. Le gustaba la vida militar y creía tener buenas aptitudes para ser un buen soldado. Era fuerte y patriota. No era tonto pero carecía de la menor pretensión intelectual. Era el soldado perfecto.

A los pocos días de haberse enrolado en el ejército había muerto Franco. Torralba nunca había visto tanta desolación. Los viejos oficiales lloraban como niños. El capitán, destrozado, había dicho a la tropa:

- Habrá que rezar por España. Nos hemos quedado huérfanos.

Quince meses después, la tristeza se había mezclado con la añoranza. Franco era omnipresente. En todos los cuarteles había estatuas o, al menos, algún busto del viejo General. En los despachos de los oficiales siempre había fotos y retratos de Franco. Casi todos los militares llevaban su efigie en el llavero o en el mechero. Los capellanes castrenses seguían rezando por él. Torralba no estaba pensando en nada en particular cuando le llamó el capitán.

- A sus órdenes, mi capitán.

- Siéntese cabo.

Se sentó. Sabía que el capitán le apreciaba, que era su favorito.

-¿Ha pensado en el futuro, Torralba? ¿Le gusta el ejército?

- Intentaré servir a España, mi capitán.

-¿Qué opina del Rey, cabo?

- El Rey...bueno...es el...

- ¿Le gustaría formar parte de la Guardia Real?

- Humm...no sé que decir...Así, de imprevisto...¿no es un cuerpo de élite?

- Necesitan gente. Nuestro glorioso Caudillo, el Generalísimo Franco tenía un equipo de seguridad excelente. Al fallecer, sus escoltas deberían haber pasado a proteger al Rey pero por lealtad personal pidieron seguir siendo escoltas de Doña Carmen, de la familia Franco. Además, con tanta tontería de la democracia cada vez hay más terrorismo. Necesitan gente. De la Casa del Rey van llamando por los cuarteles preguntando por los mejores soldados. He pensado en ti. Lamentaré perderte pero para ti es una oportunidad. Te darán un sueldo, no como aquí.

- Gracias, mi capitán. Sí, la verdad es que suena bien.

- Toma esta tarjeta. Es del Jefe de Seguridad de la Casa del Rey. Llámales y diles que vas de parte de este cuartel. Y no seas tonto, si te preguntan si eres monárquico di que sí y que siempre lees el ABC.

- A sus órdenes, mi capitán. Gracias otra vez.

En Abril de 1931, una mujer de sólo cuarenta y cuatro años de edad pero ya envejecida y amargada por los disgustos había abandonado España. Era la Reina Victoria Eugenia. Era escocesa, una Battenberg, una nieta de la gran Reina Victoria. Nunca había logrado pronunciar bien las ásperas erres y jotas españolas. Más de veinte años siendo Reina de España y jamás había podido decir bien “jarra”. Nunca había comprendido bien a los españoles. Su esposo, el Rey Alfonso XIII era un mujeriego incorregible que le había sido infiel continuamente. Era un hombre desconcertante. Había sido hijo único, hijo póstumo. Había sido Rey desde su nacimiento. Los ministros se habían arrodillado ante el bebé-Rey. Ante ese bebé que era el Rey de España y el dueño de Cuba, de Filipinas y de Puerto Rico. Tal vez por eso era un hombre delirante que tenía amantes en cada calle y que escribía palabrotas en documentos oficiales. Mandaba telegramas oficiales de felicitación con mensajes del tipo viva la madre que te parió, olé tus cojones y groserías así. En Inglaterra a un hombre así lo hubieran encerrado en un manicomio. En España decían que era muy natural y muy castizo. No, la pobre Victoria Eugenia nunca había comprendido nada.

Como en todos los matrimonios reales el objetivo básico era tener un Heredero: un hijo varón fuerte y sano. Pero el primer hijo había sido hemofílico. El segundo hijo había sido sordomudo. Luego dos niñas que no servían para nada. Por fin nació Juan. Un bebé sano, fuerte, incluso guapo. Había sido perfecto desde el primer momento. Y, sin embargo, aquel niño tan impecable no iba a ser Rey. No era su destino.

Se iban de España porque su marido había abdicado. ¿Y por qué había abdicado? Por unos resultados negativos en unas elecciones municipales. ¿Y qué tienen que ver unas elecciones municipales con la Monarquía? ¿Qué tienen que ver los alcaldes de los pueblos con el Rey? Pues nada, pero su marido había abdicado. En España todo era así: excesivo, absurdo, desproporcionado. Nada tenía ni pies ni cabeza. Pobre Victoria Eugenia, nunca había comprendido nada. Pero había sido prudente. El día de su boda, un anarquista llamado Mateo Morral había lanzado una bomba a los novios reales. Habían salido milagrosamente indemnes pero veinte personas de entre la multitud que los aclamaba habían muerto. Desde entonces Victoria Eugenia sentía un miedo instintivo por los subversivos, por la familia legión, por la mugre comunista. En Rusia, la canalla marxista había fusilado a toda la familia real. Y el zar Nicolás era pariente de Victoria Eugenia,

era su primo Nicky. Por ello, había guardado todas las joyas regaladas por su marido. Le había regalado muchas para enmendar las infidelidades. Victoria las había guardado todas. Sólo confiaba en las joyas. No se fiaba de tener dinero en los bancos. Un gobierno traidor les podía embargar las cuentas. Los bancos podían quebrar. Nada valían los cuadros, los palacios, las esculturas. Eran Patrimonio Nacional y no se podían vender. Si había una revolución, si las masas se rebelaban y te intentaban guillotinar, la única riqueza que te quedaría serían objetos pequeños, valiosos, portátiles. Que entren en un bolso, en los bolsillos. Si las cosas se ponían feas de verdad, lo único que te quedaría son las joyas que puedas llevar encima. Se había llevado tres baúles llenos de joyas, como en las películas de piratas. Eran su pensión, era de lo que iba a vivir. Sería una Reina desterrada en el exilio pero no sería una anciana abandonada en un asilo. Todos sus hijos y sus nietos irían a verla y se arrodillarían ante ella y la llamarían Reina. Porque todos dependerían de ella. Porque de eso viven las familias reales en el exilio. De las joyas de la abuelita.

En Enero de 1976 una mujer vieja y seca, que jamás había tenido curvas, se aburría en el palacio de El Pardo. Estaba sola. Su marido había muerto y el palacio se le hacía inmenso. Al no vivir su marido ya no había visitas de médicos ni de ministros ni de embajadores. Los aduladores habían desaparecido. Para entretenerse, la vieja daba a veces alguna orden al jardinero o a algún otro criado. Y ellos le contestaban : “Siempre a sus pies, Doña Carmen”. Porque era la viuda de Franco. Su marido había ganado la guerra. Había aplastado a la mugre comunista, a los masones traidores, a los paletos separatistas y había gobernado muchos, muchísimos años. Había mejorado el país. Ahora las casas tenían agua corriente y los niños sabían leer y escribir. España era además, un país cristiano y decente. Los matrimonios eran para toda la vida y tenían muchos hijos. Había niños por todas partes. También había curas y monjas por todas partes. En fin, un país maravilloso. Su marido lo había hecho tan bien que los comunistas del mundo entero lo odiaban. Qué honor.

Doña Carmen se aburría. Decidió irse a vivir con Nenuca. Nenuca era su hija, su única hija. Se llamaba MariCarmen pero siempre la había llamado

Nenuca por un asturianismo (Doña Carmen era de Oviedo). Sí, se iría con su hija y con sus nietos. Su yerno era insoportable pero los nietos la rejuvenecerían. La juventud es contagiosa.

Se le hacía raro abandonar el palacio de El Pardo. Durante décadas cientos de personas se habían inclinado allí ante ella. Le habían hecho muchos regalos. Su marido tenía fama de seco, de austero, de raro. Los embajadores nunca sabían qué regalarle. Pronto descubrieron que, para quedar bien, el regalo perfecto era llevarle alguna joya a Doña Carmen. Pulseras, pendientes, broches. Las joyas se habían amontonado durante décadas de adulación. El pueblo la llamaba la Collares, un apodo inofensivo que a Doña Carmen nunca le preocupó.

Una tarde, casi ya de noche, Doña Carmen dejó el palacio para siempre. La acompañaba su yerno, el insoportable marqués de Villaverde y el ex -ministro Girón de Velasco, que era el franquista por excelencia, el franquista químicamente puro. Al subir al coche, Doña Carmen había dado la dirección de su hija:

-A la calle Hermanos Bécquer, por favor.

A Doña Carmen le divertía pedirlo todo por favor, como si existiera la más mínima posibilidad de que no la obedecieran en el acto. El chófer le había contestado:

- Siempre a sus pies, Doña Carmen.

Y aparte, en un camión de mudanzas, habían transportado tres baúles llenos de joyas. Como en las películas de piratas.

La película “*Ciudadano Kane*” cuenta la historia de un niño vulgar y feliz al que un día le cuentan que es el Heredero. Un deudor riquísimo y remoto ha muerto y todo es para el niño. Y su vida cambia para siempre. La vida del Rey Juan Carlos I de España había sido exactamente igual. Nació en Roma, donde estaba exiliado su abuelo, Alfonso XIII. Al cumplir diez años no había estado nunca en España. Y entonces le dijeron que tenía que ir allí. Mandaba un General que había ganado una guerra y ese General pensaba gobernar muchos años pero, después, restablecería la Monarquía. Y aquel niño sería el Rey. Era el Heredero, el Elegido. Tenía que abandonar a sus padres, a los criados, a los preceptores. Tenía que ir a España para conocer y amar aquel país que iba a ser suyo. No era un país del montón. Era la patria de Cervantes y de Velázquez, del Cid y de Hernán Cortes, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Ávila. El pueblo que había derrotado a Napoleón y, con la ayuda del apóstol Santiago, había derrotado a los musulmanes. Era el país que había descubierto y

cristianizado América entera con dos mulas, una Biblia y un botijo. El país que había dominado el mundo entero con cruces en forma de espadas y espadas en forma de cruces. Quinientos mil kilómetros cuadrados y más de treinta millones de súbditos. Casi todos ellos eran pobres, analfabetos, tuberculosos.. Pero todos eran católicos. Eran la reserva moral de Occidente. Y todos, en el fondo, estaban orgullosos de haber sido un imperio. Era un país mágico en el que todos los rumores, todos los cotilleos, todos los chismes terminaban por ser verdad. Y todo eso era de aquel niño de diez años.

Un adulto no hubiera podido asimilar una historia semejante. Pero un niño sí porque aquel cuento era muy parecido a un relato infantil. Además, debía de ser verdad porque la abuela tenía muchas joyas y la gente la llamaba Reina. Se arrodillaban ante ella y le besaban la mano. La única duda era: si el abuelo había sido Rey y él también lo sería...¿Qué pasaba con Papá? Pero eso no se había atrevido a preguntarlo. Lo de su padre era raro porque algunas personas muy amables sí le llamaban Rey pero otras no. Y a mamá nadie le llamaba Reina.

Había ido a España y había pasado unas semanas en un colegio que le habían preparado. En realidad, no era un colegio sino simplemente una clase compuesta por doce o catorce niños de su edad, todos

ellos de familias aristócratas. A las tres semanas de llegar, lo habían repeinado y perfumado mucho. Lo habían subido a un coche y le habían dicho:

- Vamos a El Pardo.

- ¿Qué es eso?

- Es un palacio. Es una casa muy grande y muy bonita en la que vive el Generalísimo. Quiere conocerte y saludarte. Eres un privilegiado, es un gran honor ser recibido por el Generalísimo.

El encuentro con Franco había sido sorprendente. El niño, Juanito, se había imaginado a alguien como papá: alto, fuerte, con buena presencia, con buena voz, mandón. Se había encontrado con un hombre bajito, tímido, con aspecto de conserje y vocecita sospechosa. Había pensado, incluso, que era un criado que le estaba gastando una broma. Pero la mujer del bajito había entrado en la habitación y era como la abuela. Tenía muchas joyas. O sea, que era verdad. Que mandaban mucho. Y esa misma noche, en su habitación, había mirado los sellos y las monedas y había comprobado que la cara del señor bajito estaba allí.

Pocos días después el niño había olvidado casi por completo aquella visita. Lo único que recordaría toda su vida es que, durante un instante, el Generalísimo había hablado del abuelo.

- Yo conocí a vuestro abuelo, el gran Alfonso XIII. Incluso fue el padrino por poderes de mi boda.

Tenía muchos defectos que Dios le habrá reclamado pero era un patriota de verdad, de corazón. Amaba más a España que todos sus detractores juntos.

El Jefe de Seguridad de la Casa Real resultó ser un tal Quintín. ¿Qué era eso de Quintín? ¿Un nombre? ¿Un apodo? ¿Un apellido? Quizás era un alias o un nombre falso de algún viejo espía. Quizás Torralba había visto demasiadas películas. El caso es que el capitán tenía razón: necesitaban gente. Nada más entrar le había hablado de horarios, de turnos, del sueldo. Estaba contratado de entrada. Sin contrastar ninguna recomendación, sin ningún test psicotécnico, en la primera entrevista. Todo fue rápido, improvisado, abiertamente chapucero. Torralba no se podía creer que entrar en la Guardia Real fuera tan fácil. No le explicaron nada sobre cómo debía dirigirse a los Reyes si estos le hablaban. La única explicación más o menos técnica fue:

- Todos empiezan siendo hijos. O sea, que empezarás en el palacio de la Zarzuela, que es donde viven los Reyes. Con el tiempo, si estamos contentos contigo podrías acabar siendo un móvil, es decir, un escolta. Ganan más pero no tienes un horario estable. Tienes que adaptarte a lo que haga la Familia

Real. Pero no vas de uniforme sino de traje. Y es más entretenido que estar siempre en el mismo sitio. Bienvenido.

A los pocos días de empezar la Guerra Civil española, el General Sanjurjo, uno de los líderes golpistas, murió en accidente de aviación. El liderazgo en ese bando quedó entonces en manos de dos generales, Mola y Franco. Mola era cubano, había nacido en Cuba y vivido allí hasta los diez años, hasta que Cuba se había independizado. Su madre era criolla. Por eso le llamaban el mulato Mola, el molato y cosas así aunque era totalmente blanco. El General Mola era un antimonárquico convencido. Cuando Juan Borbón, el Príncipe de Asturias, el único hijo sano y presentable de Alfonso XIII se había presentado en España diciendo que quería participar en la guerra y luchar como uno más, Mola lo había metido en un coche y lo había mandado a Francia como si fuera un paquete. No lo quería ni ver. Franco, por su parte, era gallego, de El Ferrol. Franco sí era monárquico. Hasta se decía que Alfonso XIII había sido el padrino por poderes de su boda. De todas maneras, en una guerra no se habla de monarquías ni de repúblicas. Se piensa en ganar la guerra y nada más.

En mitad de la guerra, Mola había muerto. También de un accidente de aviación. El liderazgo de Franco fue entonces indiscutible. Si las muertes de Sanjurjo y Mola no habían sido accidentales, Franco era un cabrón peligrosísimo al que nadie se atrevería a discutir. Si las muertes de Mola y Sanjurjo sí habían sido accidentales entonces es que la divina providencia quería que mandara Franco. Tanto en un caso como en otro su liderazgo era incuestionable.

Franco era relativamente joven, unos cuarenta y cinco años. Era bajito, cauteloso, muy gallego. Tenía una vocecilla sospechosa, casi ridícula. No era alto ni fuerte ni guapo. No hablaba idiomas, no había ido a la universidad. Por naturaleza, era tímido. Para superar todas esas limitaciones y reafirmar su autoridad y remarcar su superioridad, se nombró a sí mismo Generalísimo. No era ningún apodo, era su rango oficial. Al acabar la guerra con su victoria, las ciudades se llenaron de Avenidas del Generalísimo, de calles del Generalísimo, de parques del Generalísimo. El pueblo español, siempre bromista incluso cuando se muere de hambre, empezó a llamar cuñadísimo al ministro Serrano Suñer, que era cuñado de Franco. Años más tarde, la hija de Franco se casó con el insoportable marqués de Villaverde, quien pasó a ser el yernísimo. Muchos años más tarde, la nieta mayor de Franco se casó con un Borbón y soñó con ser Reina de España. Y la llamaron la nietísima.